
Tríptico

Las "Magdalenas"

«Magdalenas»... Las fiestas recién estrenadas, como mercader impaciente, abren el cofre de las tentaciones. La ineditéz florece y rompe sus capullos. Rentería, nuestra villa industrial, olvida por unos momentos su tarea cotidiana de luchar por la vida y ensaya una sonrisa nueva. Parece que va a cambiar de postura.

¡Está tan fatigada, tendida en su lecho de años de ininterrumpido trabajo!

La villa—polícroma y palpitante, llena de colorines y de ansias de superación—siente como un vigor desconocido. ¿Hacia dónde se dirigirá su ímpetu? ¿Hacia qué lejano blanco vuela la flecha disparada de sus fiestas?

Cuanto se preocupan de estas cosas, piensan en las «Magdalenas», con sus ruidosos y coloridos castillos de fuegos artificiales, con sus «socamuturras», sus partidos de pelota, tamborradas vistosas y brillantes, dianas floreadas, carreras ciclistas, conciertos musicales, fiestas náuticas, etc., con su magnífico sol y sus noches de luna y estrellas filantes.

Incitaciones nuevas brotan espontáneas ante el asombro del curioso que acude a la fiesta. En el mismo momento en que se inician los deseos nuevos de lo desconocido que siempre se busca, en el cielo claro que bendice la villa y en que, con el gozo de las fiestas nuevas, apunta el ansia de una diversión nueva, surgen también las exhortaciones tenaces en favor de lo antiguo.

Y, entremezclada lindamente, en el cuadro de estampas inéditas, modernas, va llena de sabor histórico la vieja estampa de la vieja fiesta, la de nuestros antepasados, que celebraban también sus «Magdalenas», mi-

tad religiosas, mitad profanas, en la grandeza de funciones solemnes en honor de la Santa Patrona, y en la alegría de sus fiestas de ambiente suavemente arcaico, verdaderamente sencillo y principalmente pueril.

Allí ved los tenderetes de peladillas, de churros, de juguetería módica o cara...

Allí ved los vendedores ambulantes que corren por las calles o se estacionan vocingleros. Vedlos, vociferantes y estridentes, pregonando el interés y la gracia de su mercancía...

Allí contemplad los sedicentes salones de tiro al blanco, los caballitos que ruedan y ruedan al son de una música sentimental, los teatreros donde Polinchinela triunfa sobre amigos y enemigos...

Allí los carrouseles, columpios y toboganes ..

Allí los barracones donde hay un hombre que ayuna para ganarse la comida, donde se exhiben chicas ligeras de ropa con objeto de comprarse vestidos, donde hay varones que trabajan por el desarme tragándose descomunales espadas, donde las figuras de cera representan a muertos que parecen hablar...

Estas son las «Magdalenas». Porque resultan agradables en su vejez y divertidas en su novedad—viejo y nuevo que juntan los años—bien merecen unas líneas de evocación, escritas en recuerdo de unas mañanas plomizas y de unas tardes soleadas, cuando el corazón encontraba la felicidad en aquel mundillo de tablas mal ajustadas, de chafarrinones violentos y de rumores más o menos armoniosos...

VITERI